

ADVERTENCIA.

Estos sermones, comenzados el 16 de enero de 1848, en presencia de Mons. Affre, arzobispo de Paris, de gloriosa memoria, terminaron el 20 de febrero. El 22 de este mes cundió la agitacion en la capital; el 25 se habia trabado la lucha entre el pueblo y el Gobierno; antes del mediodia del 24, Luis Felipe abdicaba la corona en favor de su nieto; á las dos habia desaparecido la monarquía, la dinastía era rechazada, huía el Rey, y se hallaba constituido el Gobierno provisional.

Nuestra tarea habia concluido á tiempo. Una enseñanza grave que establece y discute principios exige calma, ánimos atentos, y corazones no perturbados por las luchas exteriores y las pasiones del momento. La discusion no se acomoda con el ruido de las armas: durante el combate todas las cuestiones degeneran en personales; pero en presencia de la verdad deben desaparecer las personas y dominar el derecho y la justicia. Demos gracias á Dios por habernos concedido antes de que estallase la tormenta días apacibles y tranquilos, para considerar imparcialmente y ajenos de pasion lo que hay de verdadero en las relaciones de la libertad y la Religion, diciéndoselo á nuestros conciudadanos de la manera mas solemne y mas sincera, ante los altares del Dios vivo y desde la cátedra de la verdad.

Juilly 15 de agosto de 1848.

PRIMERA CONFERENCIA.

En la cual se exponen las razones de la preocupacion vulgar de que la Iglesia católica es hostil á la libertad.

MONSEÑOR :

SEÑORES :

No sin emocio profunda subo por primera vez á este púlpito, ocupado sucesivamente por tan distinguidos oradores. Pero me alienta y sostiene la idea de que venimos aquí á cumplir un deber, y no en busca de aplausos y de gloria. No es el hombre el que os habla desde este sitio, sino el ministro de Jesucristo, enviado al mundo por su Maestro para anunciar la divina palabra, haciéndola resonar hasta en las extremidades de la tierra. Tenemos, pues, una mision, mision que no nos hemos impuesto, venida de nuestro Obispo, el cual nos envia á vosotros. Así es, señores, que aparecemos aquí como el soldado en el campo de batalla, á quien su capitán le dice:— ¡ Vé allí! —y el soldado va, y arriesga valerosamente su vida sin estar seguro de la victoria.

Vengo á hablaros de un gran asunto, que ocupa en este momento todas las inteligencias y agita todos los corazones, á saber, la relacion de la Religion y la libertad. ¡ Religion! ¡ libertad! dos palabras que expresan lo mas sublime y admirable que existe en el mundo; dos palabras que tienen íntima correspondencia entre sí, y se explican la una por la otra como el cielo y la tierra. La Religion y la libertad, tan caras y sagradas para los corazones nobles y puros, han nacido para entenderse, abrazarse y penetrarse mutuamente, ¡y sin embargo á veces por culpa de los hombres parece como que se combaten y rechazan! He dicho por culpa de los hombres; y ya procuraremos demostraros que la Religion y la libertad se avienen esencialmente, y que lejos de excluirse, se re-

claman, tienden la una hácia la otra, y se fortifican de una manera maravillosa.

Pero acaso se dirá, ¿para qué agitar ahora y en este lugar sagrado esta cuestion inmensa? ¿Por ventura la relacion entre la Religion y la libertad no es tan antigua como estos dos términos? ¿Habrá cambiado la Religion de naturaleza?—De ninguna manera. ¿Será la libertad ahora distinta de cómo se ha manifestado otras veces?—Tal vez. No, señores, estas dos cosas no han variado en su esencia, pero con el transcurso del tiempo los siglos han renovado el mundo: se ha efectuado el desarrollo, y las formas no son ya las mismas. Bajo este aspecto, surge una cuestion nueva, que podemos llamar la cuestion del dia; pues así como cada cosa tiene su época en el mundo, cada cuestion tiene tambien su momento oportuno.

Algunos años hace, quizá no hubiéramos osado hablar en este templo de semejante materia; mas al presente, ¿qué temor puede sellar nuestros labios? La palabra libertad ha resonado en el Capitolio cristiano; el mismo Sumo Pontífice es el que ha dado la señal, él ha comprendido lo que reclama el estado actual del mundo, y conociendo profundamente las necesidades de su época y del infalible poder de la Religion, cuya cabeza es, ha declarado que la Religion y la libertad han nacido para conciliarse; que ha llegado el tiempo de manifestar solemnemente al mundo su maravillosa concordancia, y que despues de tantos siglos de luchas debe obrarse su reconciliacion con brillantez y júbilo. Él no se ha contentado con palabras: ha hecho mas; ha fundado instituciones; y las generosas palabras del Vaticano han hallado un eco fiel entre nosotros. Tambien aquí se ha oido á su vez la voz de nuestro digno Arzobispo, proclamando con la energía y sencillez que le son propias que existe en el mundo una verdadera libertad amada y reclamada por la Religion; que el Cristianismo es la fuente de esta libertad, y que es necesario remontarse á su manantial purísimo para encontrarla en toda su verdad y su pureza. Vuestro Arzobispo os demanda que coopereis con vuestras oraciones á la grande obra del inmortal Pontífice. Por último, á los mismos piés del Vaticano ha resonado una voz elocuentísima probando al mundo la admirable armonía de la Religion y la libertad. Vosotros habeis oido los nobles acentos de esa voz religiosa y libre que ha honrado la muerte de uno de los mas grandes hombres de los tiempos modernos: y en efecto, señores, si Daniel O'Connell ha sido tan

poderoso y tan grande, se lo debe á haber amado con toda su alma la Religion y la libertad; á haberlas unido en el fondo de su conciencia y de su amor, no comprendiendo á la una sin la otra, y no queriendo ser un ciudadano libre, sino á condicion de permanecer verdadero cristiano.

Y hé aquí lo que nos mueve á tomar la palabra sobre semejante asunto. Ya está abierto el camino y podemos entrar en él con toda seguridad, pues tenemos muy nobles precursores, las autoridades mas altas del mundo que alientan nuestra flaqueza.

No creais, sin embargo, que venimos aquí á exponeros teorías políticas, para las cuales ni este es el lugar conveniente, ni el momento oportuno. Solo nos proponemos combatir y destruir, si nos es posible, una preocupacion sobradamente extendida, á saber, que la Religion católica es hostil á la libertad. Venimos á combatir este prejuicio, porque traba y oscurece las inteligencias sinceras; porque contiene y ahoga los nobles corazones, que amando arduosamente la libertad sienten cierta aversion hácia la Iglesia, y se mantienen esquivos y alejados de ella, porque la consideran enemiga de lo que mas quieren y admiran. Á esos queremos dirigirnos especialmente; esas almas escogidas son las que con mas empeño tratamos de convencer y persuadir. Felices nosotros, si nos es dado disipar en ellas una opinion errada, desviándolas de un funesto extravío y reconciliándolas con la Religion católica, que léjos de ser enemiga de la verdadera libertad, es por el contrario su mas fecunda fuente y mas segura garantía.

En primer lugar, señores, á fin de dejar expedito el terreno y establecer la cuestion de una manera fija y clara, investigaremos en la presente conferencia el origen de la preocupacion que vamos combatiendo. Yo le asigno tres causas principales: 1.^a haberse desconocido el carácter de la Iglesia; 2.^a la imprudencia de algunos de sus amigos y ministros; 3.^a las interesadas quejas de sus enemigos.

Quiere decir, señores, lo primero que la Iglesia ha sido presentada en el mundo como el modelo de los Gobiernos absolutos, y se la ha acusado al mismo tiempo de ser opuesta á cualquiera novedad, y por consiguiente una rémora para todos los progresos, sin otro motivo ni pretexto, sino porque habla con autoridad en materias dogmáticas, y tiene siempre la tradicion por base de todas sus discusiones. En esta inculpacion dirigida á la Iglesia católica hay algo de verdadero y de falso. Es cierto, y en esto consiste lo

verdadero, que cuando enseña la Iglesia la doctrina que debe enseñar, lo hace sin restricciones y con autoridad plena y cumplida: ella impone su palabra, porque es la palabra eterna, porque la ha recibido del cielo con mandato expreso de anunciarla á la tierra. Pero no olvidéis que la palabra dogmática de la Iglesia es una palabra sobrenatural y divina, y que el mismo Dios la ha pronunciado por medio de sus enviados y Profetas, por medio de Jesucristo y sus Apóstoles. Como intérprete y depositaria de esta palabra viva, la Iglesia debe transmitirla en toda su verdad, integridad y pureza, tal como le ha sido enviada de lo alto: su mision no es otra que repetir en la tierra la doctrina que le ha enseñado el cielo.

Empero, si tal sucede con las cosas sobrenaturales y las definiciones dogmáticas, no acontece lo mismo con las puramente naturales, respecto de las cuales la Iglesia no tiene dogmas que definir, y por lo tanto nada impone por medio de la fe. Ahora bien, os pregunto yo, ¿qué cosa puede darse mas natural que los Gobiernos de la tierra y sus instituciones? ¿Hay cosa mas natural que el advenimiento y la caida de las dinastías, el cambio ó la extincion de los derechos adquiridos, la renovacion de las obras humanas y la ruina de la fábrica del hombre? Y todo esto en el orden práctico y político, ¿qué otra cosa es, salvo la diversidad de las formas y las circunstancias, sino la mutacion incesante, la continua revolucion de las opiniones, sistemas y teorías de la ciencia humana? Así es en efecto, pues Dios ha abandonado el mundo y su orden natural á las disputas de los hombres.

San Agustin ha dicho: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. Tal es la divisa de la Iglesia, que tan rigurosa, estricta y exigente como es en las cosas necesarias, es decir, en todo aquello que concierne á la salvacion, tan tolerante se muestra, larga y libérrima en las cosas dudosas, y especialmente en lo concerniente á las opiniones humanas, respecto de las cuales ni tiene derecho ni deseo de dogmatizar. Igualmente abandona la Iglesia á las disputas humanas y á las discusiones de cada época, así las cosas pasajeras de los hombres, como tambien las del tiempo. Existe, pues, notable confusion en todo cuanto se le imputa á la Iglesia; y se la acusa injustamente de usurpadora y tiránica, imputaciones que jamás ha merecido.

Tambien se ha repetido que la Iglesia aspira á la monarquía universal, queriendo gobernar el mundo por medio de la teocracia.

En efecto, señores, la Iglesia aspira á la monarquía universal, pero esta monarquía que ambiciona es la de las almas y de los espíritus; es el reino de Dios sobre los corazones, cuyo cumplimiento pedimos todos los dias; es, por fin, la union de todos los hombres en una misma fe, en una misma esperanza y en un mismo amor, á fin de que el postrer voto del Redentor quede cumplido, á saber: — «¡Que sean todos una misma cosa, Padre mio, como tú y yo somos uno!» Si, hermanos míos, esta grande y bella unidad de todos los hombres es el blanco de las esperanzas de la Iglesia, por cuanto fue la última voluntad de su divino Fundador: testamento que él le ha legado, y que la Iglesia debe cumplir en todas sus partes. Hé aquí la dominacion que codicia la Iglesia; y si por ventura algunos hombres han procurado adjudicarle otro linaje de monarquía, ella no debe ser responsable.

Asimismo se dice que la Iglesia pretende imponer á los súbditos, respecto del Soberano, igual obediencia á la que exige á los sacerdotes respecto de su Obispo. Semejante asercion es inexacta: la obediencia no es la misma en ambos casos, atento que son diversas las situaciones y las relaciones diferentes. Mas, por otra parte, ¿os imagináis acaso que la Iglesia exige de sus ministros una obediencia servil? El sacerdote sometido á su Obispo obedece con ciertas condiciones y medida; de consiguiente, nada hay en esto de absolutismo ni de obediencia pasiva, sino una autoridad templada y una sumision razonable, que léjos de abatirnos nos eleva y ennoblece, por cuanto es completamente voluntaria.

Y aun cuando la Iglesia hable dogmáticamente, aun cuando imponga las verdades eternas á la fe, ¿creéis que no respeta la libertad? — ¿Pues qué? ¿hay algo mas libre que un acto de fe? La Iglesia proclama la verdad y nos dice: Hé aquí lo que es necesario creer para salvarse: pero cada cual tiene en su mano, segun lo quiera, salvarse ó perderse; pues, como dice san Agustin, el mismo Dios que nos ha creado sin que en ello tuviésemos parte alguna, no puede salvarnos sin la cooperacion de nosotros mismos. Así es que bien podemos decir, sin temor de equivocarnos, que en los actos de fe se encuentra el ejercicio mas esencial y decisivo de la libertad humana. Y á la verdad, en ese profundo retiro del corazon humano, en el mismo foco de nuestro ser, en el centro mas íntimo de nuestra vida puede la voluntad admitir ó rechazar el llamamiento de la gracia, y puede decir sí ó no á la palabra de la verdad. Por lo mismo ella es dueña de sí, sin que nada pueda hacerla fuer-

za en el cielo ni en la tierra: ejemplo de esto es la desgracia de la criatura insensata y culpable que rehusa la ley divina y se rebela contra su Criador. Merced tambien á esta libertad vosotros sois cristianos: no podeis serlo á pesar vuestro ni contra vuestra voluntad, y aun en vuestra misma fe, que es un don del cielo, tiene parte vuestra libertad, pues no se le concede sino al que quiere recibirla. Cuando, pues, se dice que la Iglesia tiraniza las conciencias imponiéndoles la fe, se desconoce lo que es la misma fe y los mas esenciales atributos de la libertad humana.

La Iglesia católica, dícese tambien, se opone á todas las novedades y es por lo tanto enemiga del progreso. En esta acusacion, como ya lo hemos asentado respecto de la otra, hay igualmente algo de verdadero y algo de falso: hay algo de verdadero, porque la Iglesia no admite novedad en los principios que bebe en la eterna fuente de la palabra divina. Y ¿cómo quereis que lo eterno admita novedades? La novedad es el desarrollo, el desarrollo es el tiempo, y el tiempo está excluido de la eternidad. De esta suerte la Iglesia ni admite ni puede admitir nuevos principios, pues la palabra divina que los engendra es inmutable y perfecta como Dios. Mas, sin embargo admite novedades en el desarrollo de estos principios sobre la tierra, y en la aplicacion sucesiva de la palabra eterna á las necesidades variables del mundo, porque esta palabra bajada del cielo es una semilla inmortal que encierra en sí virtualmente el gérmen futuro de muchas generaciones, hallándose contenido en ella todo lo que ha de producir con el tiempo, por el tiempo, y en el tiempo. Esta semilla no admite jamás nada nuevo en su creencia ni en su sustancia; pero una vez manifestada y desarrollada exteriormente, una vez arrojada á la tierra, germinará y producirá sin cesar plantas nuevas, y perpétuamente se estará reproduciendo por la extension de los siglos en nuestros terrenos, y las riquezas y virtudes que encierra en su seno, siquiera sean inmutables en cuanto á su esencia, se renovarán sucesivamente en su manifestacion y en su forma.

Tal es para la Iglesia la palabra divina, sembrada y vuelta á sembrar por ella en la tierra, que es el campo de Dios, esparciéndola con amor y distribuyéndola con celo á todas las generaciones. Así la enseñanza de la Iglesia, siempre la misma en su fondo inmutable, se transforma en su expresion dogmática, segun las necesidades de las inteligencias, y se acomoda á todas las debilidades, para iluminar y salvar á todos. A todos ofrece el mismo ali-

mento, el pan de la vida bajo formas y sabores distintos; á todos dice las mismas verdades, ya de esta ó de la otra forma, segun el estado y disposicion de cada uno; siempre dice lo mismo, pero siempre de una manera nueva, *novè sed non nova*.

Ved ahí cómo la Iglesia entiende y quiere el progreso. Lo quiere graduado, mesurado, sólido, apoyándose en lo pasado, y caminando con paso sosegado y firme hácia lo futuro; pero no es amiga de los movimientos desalentados y bruscos que trastornan y destruyen, ni de las ciegas y afanosas carreras que sin freno que las contenga, ni luz del cielo que las dirija, no tienen término cono-cido. La Iglesia avanza de continuo, apoyada en lo pasado, y encuentra en lo existente el punto de partida y la indicacion de lo que ha de existir. Así es como comprende el verdadero progreso, y ciertamente que así es como tambien vosotros lo comprendeis en el fondo de vuestra conciencia cristiana y aun conforme á las prescripciones del buen sentido. Porque, en suma, nosotros no somos de ayer: nuestra vida se apoya en sus antecedentes; tenemos nuestras raíces en lo que nos ha precedido, y solo con esta condicion podemos obtener alguna solidez y fijeza en medio de las agitaciones del mundo y á despecho del rápido curso del tiempo que todo lo lleva consigo.

Marchemos, pues, hácia adelante, siempre que Dios y el mundo lo reclamen; pero que esto sea, siguiendo con valor, inteligencia y perseverancia la senda abierta por nuestros abuelos.

De esta suerte es como el gran Pontífice da hoy al mundo tan hermoso ejemplo y tan insigne enseñanza: él comprende el progreso y quiere desarrollarlo dirigiéndolo y moderándolo con la sabiduría tradicional que constituye la vida de la Iglesia y la salud del mundo.

No nos maravillemos, pues, de que los hombres del desorden y de la agitacion acusen á la Iglesia de enemiga del progreso. El progreso de tales gentes es lo que la Iglesia no quiere, es decir, el movimiento brusco, apasionado, desordenado, convulsivo, sin punto de partida, ni término prudente; agitacion ilusoria, que se engaña á sí propia y cree avanzar, cuando no hace mas que volver sobre sí misma. La Iglesia no quiere el progreso de esas gentes que desprecian todo cuanto existe, acosadas del afan de destruirlo y reformarlo todo; que pretenden sustituir la realidad probada y juzgada por la experiencia de los siglos con arbitrarias especulaciones *à priori*, utopías llamadas filosóficas y todo linaje de teo-

rias vaciadas en una misma turquesa ó zurcidas de varios retazos que salen de sus acaloradas cabezas, como cuentan que salió Minerva de la de Júpiter, vestida y armada. No, jamás aceptará la Iglesia semejante progreso; y yo por mi parte doy gracias á Dios de que en fuerza de dolorosas experiencias hayamos al menos apartado tan mala semilla, recobrando nuestra confianza en su profunda sabiduría, y encontrándonos mejor dispuestos á escuchar su voz consoladora.

La segunda causa de la preocupacion que combatimos es la imprudencia de algunos ministros y amigos de la Iglesia. Al llegar aquí, tocamos á un punto sumamente delicado. Yo no quisiera lastimar á nadie, aunque por otra parte declaro con sinceridad que no encuentro á quien herir particularmente. Mas es lo cierto que anda muy válida por el mundo la opinion de que el Clero es en lo general amigo de todo poder que le protege, y que mas de una vez la Iglesia ha tomado partido por el imperio en contra del pueblo, siempre que el imperio le ha sido favorable.

Tal es, señores, la objecion en toda su fuerza. Pero yo declaro que semejante imputacion es falsa, ya se dirija á toda la Iglesia, ya al Clero como cuerpo, aun cuando pueda alcanzar á algunos individuos imprudentes, ambiciosos ó poco diestros. En este punto necesito explicarme con suma claridad.

No es posible que el poder espiritual deje de tener en este mundo frecuentes é intimas relaciones con el poder temporal, y yo por mi parte creo firme y resueltamente que la separacion absoluta de la Iglesia y del Estado es una quimera ó un absurdo. La Iglesia está formada segun la imágen del hombre; y el hombre no es un alma, una pura inteligencia ó un ángel, sino un compuesto de alma y cuerpo; una sustancia espiritual y una sustancia física, unidas con los lazos de la vida, y que constituyen por medio de su union, sin confundirse jamás, la individualidad de una misma persona.

Y como en la personalidad humana hay dos sustancias, existen asimismo en ella dos necesidades, las espirituales y las físicas, que deben de ser satisfechas segun su grado y medida, para conservar la existencia de la persona. Ahora bien, hallándose constituida la Iglesia segun la imágen del hombre, es necesario que tenga un desarrollo material y una existencia física como toda persona humana, y tiene necesidad del poder temporal ó del Estado para el sosten de esta existencia, así como el Estado por su parte

tiene necesidad de la Iglesia para conservar su existencia moral y su vida espiritual.

Existen, pues, entre la Iglesia y el Estado necesidades recíprocas y naturales, que no se pueden negar ni combatir sin mutilar el organismo social y sin comprometer su vida. Comprendo bien que de este comercio íntimo, de esta incesante comunicacion pueden originarse abusos. Pero los abusos, señores, son inevitables cuando se trata de hombres y de negocios humanos; á mas de que no es racional suprimir el uso á causa del abuso. De consiguiente, si quereis una Iglesia constituida en este mundo, con instituciones terrestres y con todas las condiciones de la existencia terrestre, es necesario que esté unida de algun modo al poder de este mundo, al Estado.

Veamos ahora qué resultados pueden originarse de esto.

Supongamos que la Iglesia y el Estado marchan de consuno por el mismo camino, lo cual acontece siempre que el Estado es cristiano y se glorifica de ello; en este caso, como la una y el otro tienen la misma fe y defienden la misma causa, concuerdan naturalmente, y mutuamente se sostienen. Y ¿por qué se habian de separar, cuando llevan el mismo interés y objeto, y encuentran en su mútua union vida y fuerzas comunes?

Mas, supongamos que el Estado (sea creyente ó indiferente) se pone en oposicion con la Iglesia y quiere hollar sus derechos. Entonces es forzoso que estalle la lucha, pues la Iglesia debe conservar su poder y sostener su dignidad. Pero, por mas que combata al poder temporal (y cuenta que el poder espiritual combate siempre con armas espirituales, con la espada de la palabra), la Iglesia le respeta y le obedece en todo aquello que es temporal: ella rinde homenaje á los Gobiernos legítima y regularmente constituidos, porque están ordenados por el mismo Dios para conservar el orden y mantener la justicia sobre la tierra; ella respeta sus derechos, aun cuando estos violen los suyos; ella emplea todos sus recursos, y hace cuantos esfuerzos le son posibles para contener la usurpacion y embotar la violencia, y cuando no llega á lograr su objeto, protesta contra la fuerza ante Dios y los hombres.

Empero, ¿no ha sucedido alguna vez que los ministros ó los amigos de la Iglesia hayan favorecido el poder civil, lanzándole en esta funesta pendiente? — Sí, esto se ha visto en el mundo y aun se ve ahora. Los hombres son siempre hombres, y falibles por lo mismo: por eso se han notado y se notarán en todo tiempo debi-

lidades y escándalos. Mas declaro que es imposible que la Iglesia obre de este modo, por cuanto no puede faltar á su mision divina. La historia lo testimonia plenamente. La Iglesia al mantener intacta en este mundo la autoridad espiritual, ha mantenido al mismo tiempo la dignidad humana, y ha defendido siempre el derecho contra la fuerza, apelando á la equidad y á la caridad contra todas las violencias de las pasiones. No se ha limitado á defenderse á sí misma, y ha protegido constantemente á los oprimidos, siendo uno de los mas fuertes cargos que se le han hecho, el haberse mezclado mas de lo conveniente en el gobierno de las cosas humanas, precisamente en aquellos tiempos de ignorancia en que desbordándose la barbarie por los países civilizados, entregaba los príncipes y los súbditos á los instintos de un brutal despotismo y á los violentos arrebatos de un poder salvaje. Aquí teneis lo que la Iglesia ha hecho en bien de los pueblos, cuando estos eran incapaces de protegerse y de defenderse á sí mismos. Y esto ha sido lo que se la ha imputado mas adelante como un crimen, cuando su auxilio y asistencia ha parecido inútil y peligrosa, pagándole con ultrajes y calumnias los beneficios que ha dispensado á manos llenas. La Iglesia no ha intervenido en los negocios del mundo sino para ponerlo en orden y enseñarle á vivir, retirándose al exclusivo ejercicio de sus funciones espirituales, así que la sociedad se ha encontrado capaz de dirigirse por sí misma. Tal es su conducta en la actualidad, separada mas que en ninguna época de los intereses mundanos, y consagrada completamente al cuidado de las almas, convencida como lo está de que, poseyendo los corazones, lo posee todo. Hé aquí su imperio; hé aquí su cetro; el cetro de las almas con el cual quiere gobernar al mundo.

Así, pues, la acusacion que vamos combatiendo es evidentemente falsa, si se dirige á la Iglesia en general, siquiera en algun caso particular pueda ser verdadera. No tenemos inconveniente por otra parte en confesar que la Iglesia ha hecho causa comun con el Estado siempre que ha tenido que combatir á enemigos comunes. El altar y el trono han debido sostenerse mutuamente, cuando se han visto minados y conmovidos por los mismos esfuerzos; y ved aquí el por qué la Iglesia ha atraído sobre su cabeza el furor y calumnias de los partidos, precisamente porque ha defendido constantemente el orden y los poderes legítimos contra la violencia y la insurreccion.

Por lo demás, la Iglesia, que lleva ya diez y ocho siglos de vi-

da, sabe á qué atenerse respecto de la proteccion del César; ella ha visto pasar muchos Césares desde que está regenerando, instruyendo y conduciendo por el camino de la salvacion á los hijos de los hombres; ella no desdeña su ayuda, pero la recibe siempre con cierto recelo, pesando escrupulosamente el precio que se le exige. Y hablando en general ni le sirven de grande utilidad el favor ni los aplausos del mundo. — Si vosotros fuérais del mundo, ha dicho el Salvador, el mundo os amaria; pero no sois del mundo, y por eso os aborrece. — Así, pues, el hombre de Dios tiene motivo para alarmarse, cuando el mundo lo ensalza, y bien podemos decir que la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre una sangrienta cruz y fecundada con la sangre de los Mártires, ha sacado mas provecho de las persecuciones que de la proteccion del siglo.

Pasemos ahora á la tercera causa; los clamores interesados de los enemigos de la Iglesia.

¿Quiénes son los enemigos de la Iglesia? Distingo tres, y voy á llamarlos francamente por sus nombres.

El primero, que ha gritado mas que ningun otro contra ella, que grita aun sin tregua ni descanso, y que gritará hasta la consumacion de los siglos, es la herejía.

La herejía dice que la Iglesia católica es enemiga de la libertad, porque impide que se dogmatice. Pues bien, á esto replico yo que la herejía comete aquí un contrasentido, confundiendo deliberadamente dos especies de libertades que no se parecen en nada, á saber: la libertad en las cosas sobrenaturales que son objeto de la fe, y la libertad en las cosas naturales que atañen exclusivamente á la naturaleza. De que la Iglesia rehuse y condene con pleno derecho la libertad de juzgar en materias de fe que sobrepujan los límites de la razon, no se deduce de ninguna manera que rechace la libertad de pensar y de obrar en las cosas del siglo, respecto de las cuales la razon es competente. Semejante libertad de dogmatizar, reclamada por la herejía, y que la hace herejía, no ha sido ni podido ser concedida por la Iglesia, sin que esta hubiese renegado de sí misma; porque ella posee y enseña las palabras de la vida eterna, las mismas palabras de Dios; y solo el espíritu que las ha dictado es el que puede explicarlas é interpretarlas.

La herejía comete un sofisma cuando acusa á la Iglesia de enemiga de la libertad natural y política, pues nada tiene que ver esta libertad con la del orden religioso y dogmático. En cuanto á vosotros, católicos fieles é inteligentes, os guardaréis bien de recla-